

máticos para frustrar los planes del portugués. Al efecto propusieron á la condesa de Foix, madre del monarca navarro, la boda de su hijo con la princesa doña Juana, hija de los Reyes Católicos, la que despues fué reina de Castilla. Mas habiendo fallecido el rey Francisco Febo (enero 1483), y sucedíole en el trono su hermana doña Catalina, los monarcas castellanos pidieron entonces la mano de la nueva reina de Navarra para su hijo el príncipe heredero don Juan.

Entre tanto la *Eccelente Señora* pasaba una vida semi-monástica semi-seglar, viviendo unas veces dentro, otras fuera del claustro, y en 1487 continuaba usando el título de reina. Un breve del papa Inocencio VIII en que censuraba como antireligiosa aquella conducta, y en que prohibía á doña Juana salir del monasterio y darse el título de reina, y amenazaba con todo el rigor de las penas eclesiásticas á todo el que fomentase ó auxiliase sus profanas pretensiones, no bastó ni á hacer desistir á la familia reinante de Portugal, ni á tranquilizar á la reina de Castilla (1). En su consecuencia negoció esta señora el matrimonio de su hija doña Isabel con el príncipe heredero de Portugal don Alfonso, que se realizó en 1490. Mas la prematura y desastrosa muerte de este príncipe á los pocos meses de su enlace, desanudó otra vez los vínculos que comenzaban á unir á las dos casas reales.

Todavía mas adelante veremos cómo se trató de resucitar los pretendidos derechos de la célebre Beltraneja á la corona de Castilla; mas esto pertenece ya á una época á que no nos hemos propuesto llegar en este capítulo.

CAPÍTULO XI

Guerra de Nápoles.—El Gran Capitan.

DE 1493 Á 1498

Situación política de Italia, Roma, Nápoles, Milan, Venecia y Florencia.—Planes de Carlos VIII de Francia sobre Nápoles.—Origen de la guerra.—Invasión de franceses en Italia.—Se apoderan de la capital y reino de Nápoles.—Consternación en los Estados y príncipes italianos.—Reclaman el auxilio del rey de España.—Opónese este al francés.—Envía á Gonzalo de Córdoba á Sicilia.—Halagos del papa al monarca español.—Gran confederación de príncipes promovida por Fernando: *La Liga Santa*.—Ejército de la Liga.—Campañas y triunfos de Gonzalo de Córdoba en Calabria.—Recobra Fernando II de Nápoles su trono.—Es expulsado ignominiosamente Carlos VIII.—Guerra en Nápoles.—El duque de Montpensier.—Célebre sitio de Atella.—Acude Gonzalo de Córdoba llamado por el rey de Nápoles.—Dánle por aclamación el dictado de *Gran Capitan*.—Triunfa el Gran Capitan en Atella.—Desgraciado fin de Montpensier y de sus franceses.—Estragada vida y vergonzosa conducta de Carlos VIII en Francia.—Amago de guerra por Rosellon.—Acaba el Gran Capitan de someter la Calabria.—Muerte de Fernando II de Nápoles.—Sucédele su tío don Fadrique.—Guerra en Rosellon.—Tregua entre franceses y españoles.—Da el papa á los reyes de España el dictado de *Reyes Católicos*.—El Gran Capitan recobra para el papa la plaza de Ostia.—Conferencia entre el papa Alejandro y Gonzalo de Córdoba.—Severas reconvenções que el Gran Capitan hizo al pontífice. Vuelve Gonzalo á Nápoles.—Recibe el título de duque de Santángelo.—Hace oficios de pacificador en Sicilia.—Regresa á Nápoles, y acaba de expulsar los franceses.—Negociaciones de paz entre España y Francia.—Muerte de Carlos VIII.—Sucédele en el trono francés Luis XII.—Firmase la paz.—Fin de la primera campaña de Gonzalo de Córdoba en Italia.—Vuelve á España.—Entusiasmo con que fué recibido.

Asegurada Isabel en el trono de Castilla, restablecido el orden en el Estado, organizada la administración, terminada la lucha de ocho siglos con la conquista de Granada, descubierto un nuevo mundo y enriquecida la corona castellana con inmensas posesiones del otro lado de los mares, faltábales á los españoles, mal hallados con el reposo de una inacción desusada, hallar un campo en el mundo antiguo en que ejercitar su ardor bélico, y necesitaban acreditar ante las naciones europeas que eran dignos vencedores de los pendones del Islam. Conveniale además á Fernando mostrar al mundo que si España despues de aciagas dominaciones tenia la fortuna de poseer la mejor de las reinas y la mas hábil de las gobernantes para todo lo perteneciente al gobierno interior de un reino,

(1) Zurita, Anal. lib. XX.—Pulgar, Crón. p. III.

tambien se sentaba en el trono aragonés un genio que no reconocia superior en cuanto á saber dirigir y manejar las relaciones exteriores de un Estado.

Uno y otro les deparó la Providencia en los bellos campos de la culta Italia, donde habian de recoger los españoles larga cosecha de glorias militares, y lo que es mas apreciable y útil para la humanidad, de donde habian de traer una cultura y una civilización, la cultura y la civilización de las bellas letras y de las artes liberales. Diremos los precedentes que prepararon y las causas que produjeron aquella famosa guerra.

Hallábase la Italia dividida en pequeños Estados, de los cuales eran los principales las repúblicas de Venecia y de Florencia, los Estados pontificios, el reino de Nápoles y el ducado de Milan. Venecia, la reina del Adriático, era la mas antigua, poderosa y respetable de las repúblicas de la Edad media: Florencia se habia hecho el refugio de los amigos de la libertad; ocupaba la silla pontificia Alejandro VI, cuyas costumbres eran criticadas entonces por todos y han sido censuradas unánimemente despues con grave detrimento de la Iglesia, y cuya eleccion, aunque español de nacimiento, habia desagrado á Fernando é Isabel: dominaba, ó mas bien tiranizaba el Milanésado Luis ó Ludovico Sforza, llamado el Moro, á nombre de su sobrino Juan Galeazo, como inhábil para el gobierno: y regia el cetro de Nápoles Fernando I, hijo natural del grande Alfonso V de Aragon, tío de Fernando el Católico, el cual por su carácter despótico, adusto y feroz era aborrecido de los napolitanos.

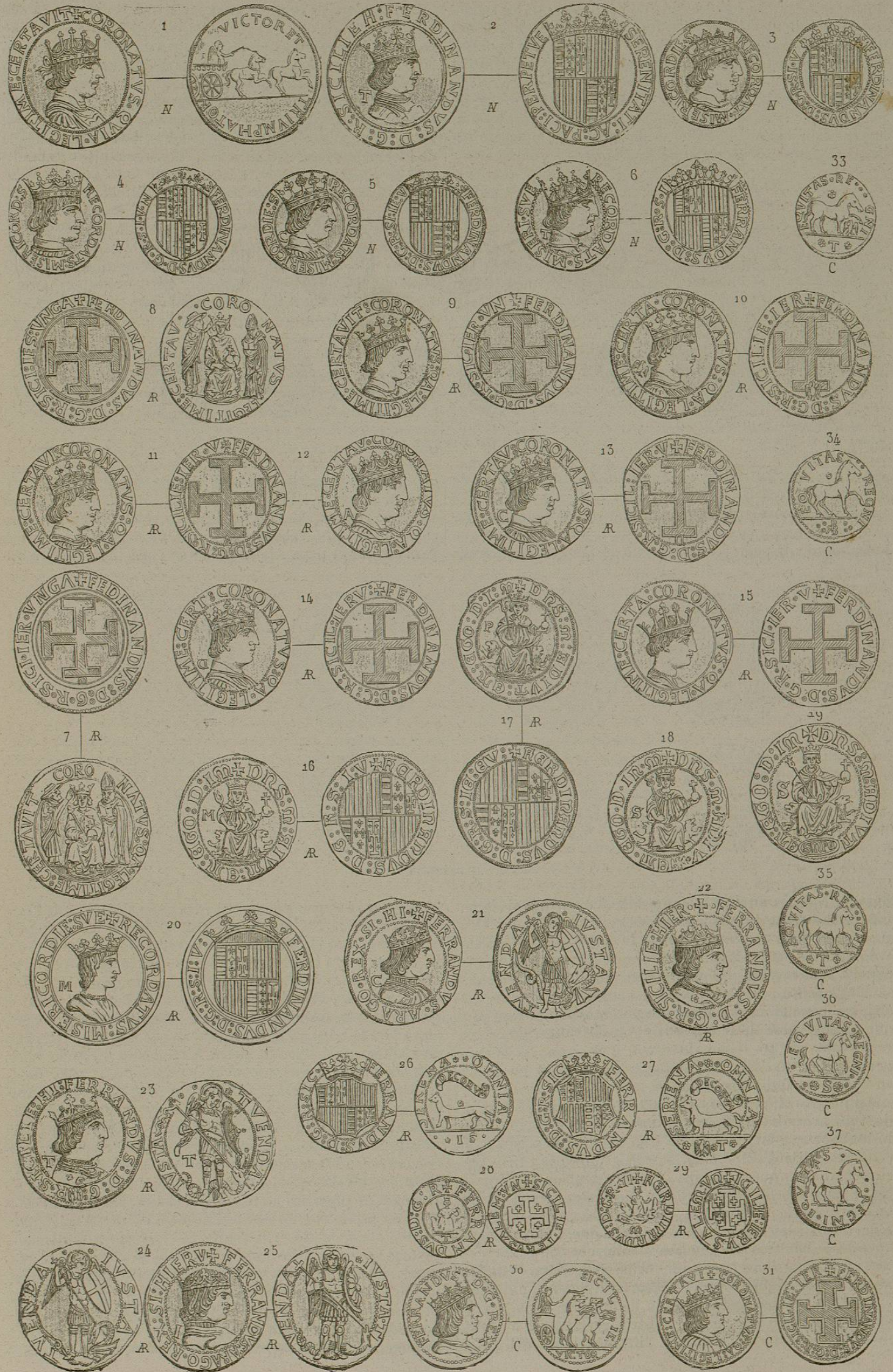
Temiendo el regente de Milan Luis Sforza que el rey de Nápoles y la república de Florencia tramaran algo contra su poder y en favor de su nieto el legítimo duque de Milan, excitó á Carlos VIII de Francia á que renovara las antiguas pretensiones de la casa de Anjou al reino de Nápoles, ofreciendo ayudarle en la empresa y pintándole como cosa fácil lanzar del trono napolitano la dinastía aragonesa que le ocupaba hacia mas de medio siglo (2). Con gusto, y hasta con avidez acogió tan halagüeña excitación el jóven monarca francés, que, lleno de caballerescas ilusiones, alentado en sus ensueños de gloria militar por aduladores cortesanos tan ligeros como él, y creyéndose llamado á acabar grandes y arriesgadas empresas, veía abierta una carrera de conquistas, que habia de conducirle hasta la toma de Constantinopla y hasta hacerse señor del imperio de los turcos (3). Para prepararse á la realización de tan lisonjero proyecto, en guerra como estaba con Alemania y con Inglaterra, y pendientes grandes disensiones con los reyes de España, procuró allanar todos los obstáculos, no habiendo concesion ni sacrificio que no hiciera á fin de quedar desembarazado y en paz con estas grandes potencias. Al efecto devolvió al emperador Maximiliano el Franco-Condado y el Artois, compró la paz con Inglaterra sometiéndose á pagar á Enrique VII seiscientos veinte mil escudos de oro, y para arreglar sus diferencias con España y no ser perturba-

(2) En el libro anterior, capítulo 28, dejamos largamente explicados los derechos con que Alfonso V de Aragon cedió la corona de Nápoles, y cómo la heredó su hijo natural Fernando I.

(3) Hé aquí el retrato físico y moral que los historiadores italianos y españoles hacen del rey Carlos VIII de Francia. «Era Carlos, dice Guicciardini, para mayor empacho nuestro, como favorecido de bienes de fortuna, privado de los de naturaleza, y de ánimo y complexion enfermiza, de pequeña estatura, de feísimo rostro, aunque con ojos vivos y graves, y de tan imperfecta simetría de miembros, que parecia mónstruo mas que hombre. Ignoraba, no solo las buenas artes, pero aun casi los materiales caracteres, rudo, imprudente, ambicioso, pródigo, obstinado y remiso.» Historia de Italia, Traducción de don Oton Edilo Nato de Betissana, libro I.

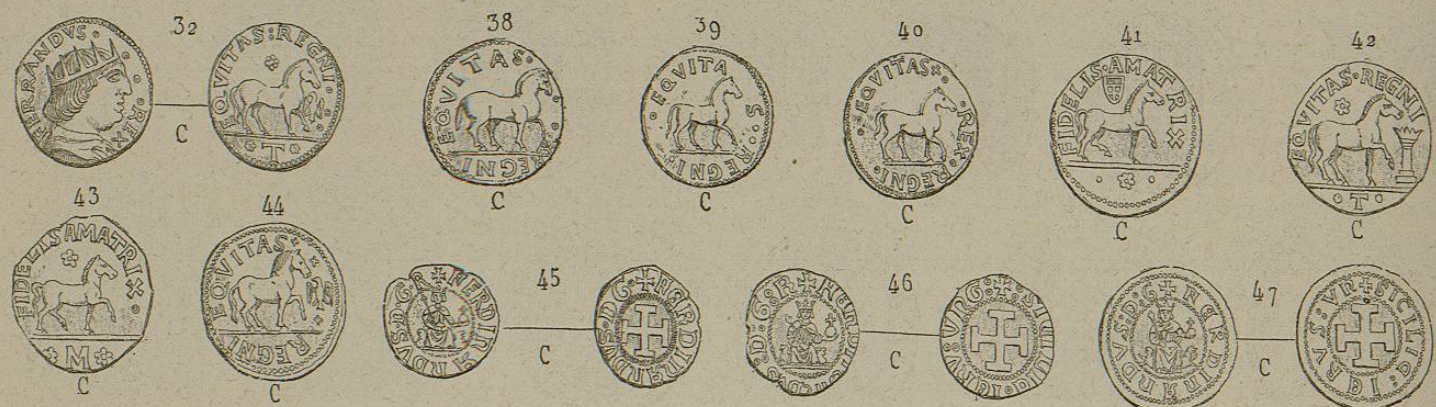
«Tan indiferentemente usaba, dice Zurita, y con la misma publicidad que en las obras buenas y virtuosas de las torpes y deshonrosas: de manera que no era menos desigual y disforme en las condiciones y costumbres que en la disposición y compostura del cuerpo, y en las facciones del rostro, en que era á maravilla mal tallado y feo.» Hist. del rey don Fernando, lib. I c. 32.

Los historiadores franceses confiesan que era ignorante é insulso, y que su padre se habia limitado á hacerle aprender de memoria estas palabras latinas: *qui nescit dissimulare, nescit regnare*; quien no sabe disimular, no sabe reinar: añadiendo algunos que «ni sabía nada, ni podia aprender nada.»



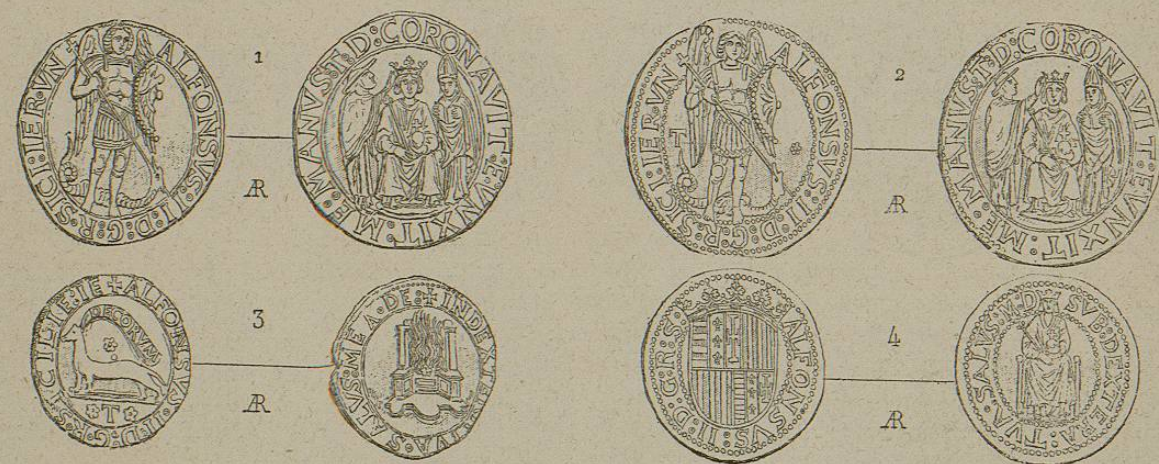


do en sus empresas cedió á Fernando II de Aragon los condados de Rosellon y Cerdeña, asunto de largas negociaciones desde el tiempo de su padre, y objeto principal de la política de Fernando. Este tratado se ajustó en Barcelona, y fué firmado por ambos soberanos en un mismo día (19 de enero, 1493). «Así empezaba, dice un crítico erudito, cediendo lo que no podía perder, para adquirir lo que no podía conservar, y según la expresión de un historiador, se imaginaba el insensato *llevar á la gloria por la senda del oprobio.*»



FERNANDO I REY DE NÁPOLES

cisa y á la mira esperando sacar partido de las disensiones de otros: á las potencias europeas no les pesaba ver al francés empeñado en una empresa temeraria: pero Fernando de Aragon, que no podía mirar con indiferencia y sin inquietud que se tratara de despojar á una rama de su familia de un trono



ALFONSO II REY DE NÁPOLES

de Nápoles, ofreciéndole su protección y ayuda si alguno intentara dañarle ó inquietarle en su persona ó Estados. Quería el papa que este ofrecimiento se le confirmase por escrito, pero Fernando era sobrado sagaz para no comprometerse de aquella manera y tan pronto con el de Francia, así como había tenido la política de no acceder á las excitaciones que le hacían los barones napolitanos, descontentos de su rey, para que tomara sobre sí la empresa de Nápoles y agregara aquel reino, como en otro tiempo lo estuvo, á la corona de Aragon; porque su sistema era seguir todavía aparentando que estaba en buena concordia con el francés.

Así fué que lejos de sospechar este los designios de Fernando, tuvo la candidez de enviarle un embajador, como dice el historiador aragonés, «con una bien graciosa requesta.» Decíale que pensaba emprender la guerra contra los turcos (era el pretexto con que intentaba disfrazar también sus proyectos al papa, solicitando su ayuda); añadiendo, como si se tratase de cosa de poca monta, que de paso quería tomar el reino de Nápoles, para lo cual esperaba que, con arreglo al tratado de Barcelona, le ayudara el aragonés con gente y dinero, y le abriera sus puertos de Sicilia. Parecióle á Fernando buena ocasion aquella para empezar á declarar al insensato sucesor del político Luis XI lo que de él podía prometerse, á cuyo efecto envió á su corte el diestro negociador don Alonso de Silva, hermano del conde de Cifuentes. Este hábil políti-

co comenzó á exponer con mucha cortesania á Carlos de Francia en nombre del soberano español, que si se limitara á guerrear contra los infieles, nada habria mas digno de alabanza ni mas útil á la cristiandad, y que por lo tanto el rey su amo le ayudaria con mucho gusto y contentamiento en tan digna empresa. Pero en cuanto á lo de Nápoles, viera bien lo que hacia, pues primero era saber á quién pertenecia de derecho aquel reino, para lo cual el rey su señor se someteria gustoso á una declaracion de jueces imparciales y competentes: que además tuviese presente que Nápoles era feudo de la Iglesia, y como tal estaba exceptuado por el tratado de Barcelona, y obligado el rey á su defensa como protector de la silla apostólica sobre todas las alianzas pactadas en aquel asiento. Desconcertó al monarca francés esta respuesta; contestó al enviado español el presidente del parlamento; Silva insistió, y las contestaciones se fueron agriando. «Si el rey de Portugal (le preguntó un día airado el monarca francés) estuviere en guerra con los de Castilla, y los navios castellanos arribasen á mis puertos, ¿cumpliría yo como amigo y hermano suyo, si no les diese recaudo de las cosas necesarias?—Si Portugal moviese guerra á Castilla, contestó discreta y serenamente el embajador, los reyes mis señores llamarían al de Francia si les convenia, y él estaria obligado á acudirles en la necesidad: pero si voluntariamente ellos moviesen guerra á Portugal, lo que el francés quisiese hacer por su gentileza se

que poseia por legítimos títulos, confirmados por siete pontífices, ni consentir á la vecindad de sus Estados de Sicilia á un soberano rival y poderoso, envió de embajador á Roma á Garcilaso de la Vega, caballero de tanta discrecion como valor, para alentar al papa Alejandro á que persistiera unido á Al-

lo tendrian en merced, mas por los capítulos del tratado no le tendrian por obligado á ello.»

Prolongóse el debate, y se cruzaron ásperas demandas y respuestas; de modo que irritado el rey Carlos, así con el objeto de la embajada como con la entereza del embajador, hizo á este todo género de desaires, tratábale como á enviado y agente de un rey enemigo, púsole centinelas para que no se comunicara con nadie, y aun llegó el caso de mandarle salir de su corte. Todo lo sufrió don Alonso de Silva, haciéndose el paciente, porque así convenia al servicio del rey; y en cambio de sus disgustos gozabase en ver al de Francia declamar furiosamente contra la que él llamaba perfidia del rey Fernando, diciendo que le habia burlado introduciendo maliciosamente en el concierto la cláusula relativa al papa y á los derechos de la Iglesia.

No bastó sin embargo la actitud imponente del rey de España para hacer desistir de sus planes al francés, el cual desoyendo los consejos y reflexiones de los hombres prudentes, y escuchando solo á aduladores cortesanos que fomentaban sus cabalrescos impulsos, terminado que hubo sus preparativos movió su ejército (agosto, 1494), compuesto de tres mil seiscientos hombres de armas, veinte mil franceses de infantería y ocho mil suizos (1), y cruzando los Alpes, pisó el territorio italiano, cuyos príncipes estaban ya envueltos entre sí en guerra aun antes que los franceses la comenzasen. Aunque para resistirles habia enviado Alfonso II de Nápoles una armada al mando del infante don Fadrique su hermano, y un ejército de tierra capitaneado por el valeroso duque de Calabria su hijo primogénito, aquella y este hubieron de ceder á la disciplina y superioridad de las naves y de las armas francesas, y las tropas de Carlos VIII avanzaban victoriosas. La alarma de los Estados y príncipes italianos creció con la muerte repentina del verdadero y legítimo duque de Milan, el inocente é inofensivo Juan Galeazo, que según la opinion y voz universal murió envenenado por su mismo tío, Ludovico Sforza, que sin escrúpulo se hizo reconocer duque de Milan. Los franceses entre tanto se internaban en Toscana y amenazaban á Roma, declarándose por ellos muchos súbditos y muchos pueblos de Florencia, de los Estados pontificios y del reino mismo de Nápoles, disgustados de sus propios soberanos y príncipes, siendo recibido el monarca francés como un libertador, poniéndose en las puertas de los castillos el escudo real de Francia con la flor de lis, y titulándose Carlos rey de Jerusalem y de las Dos Sicilias. Venecia no se declaraba: Alfonso de Nápoles se hallaba en la mayor turbacion y apuro, y el papa, requerido por el francés para que le franquease las puertas de Roma, vacilaba entre dar el escándalo de abandonar la ciudad santa, y el temor de resistir en ella á tan poderoso y osado enemigo.

En tal situacion todas las miradas se dirigían, y todas las esperanzas se cifraban en Fernando de Aragon. El de Nápoles reclamaba su socorro á nombre de los lazos de familia y de dinastía, y á nombre de la misma reina, que era hermana del aragonés, haciéndole grandes ofrecimientos, y añadiendo que confiaba en los títulos de deudo y de amigo que no le habria de desamparar, ni permitir que aquel reino que por tantos conceptos pertenecia á la casa de Aragon fuese presa de franceses. El papa Alejandro le reclamaba á su vez con instancia la protección que le habia ofrecido, y para tenerle mas propicio y granjearse mas su voluntad otorgábale todo género de gracias y de mercedes. En virtud del supremo poder que entonces se atribuían los pontífices en la tierra sobre lo temporal le concedió la conquista de África, dándole la investidura y posesion perpetua de aquellos reinos de infieles, excepto lo de Fez y Guinea, que por concesion apostólica poseían ya los portugueses. En el mismo día (13 de febrero, 1494) dió tambien á los reyes de Castilla perpetuamente para sí y sus sucesores cierta porcion de los diezmos de Castilla, Leon y Granada, que con el nombre de tercias reales han sido hasta nuestros dias una parte esencial de las rentas de la corona (2).

(1) Sismondi, *Repub. Ital.* t. XII, p. 132.

(2) Aunque se llamaron *tercias*, sin duda porque lo que solia darse á las fábricas era la tercera parte de los diezmos, lo que se concedió por la

Satisfecho don Fernando de Aragon de la liberalidad del pontífice, reiterábale las seguridades de que no faltaria á proteger su persona y Estados, y alentábale á resistir en Roma la entrada de la gente francesa, y á no acceder á las pretensiones del rey Carlos. No tan satisfecho y contento con las ofertas que le hacia Alfonso de Nápoles, y teniéndolas por escasa recompensa de su proteccion, exigiale, además del matrimonio del duque de Calabria con su hija Maria, la cesion de una parte de su reino, con las fortalezas de Nápoles y de Gaeta, para su seguridad y la de su reino de Sicilia, con lo cual se obligaba á tomar á su cargo la defensa de Nápoles y la guerra contra los franceses. Aunque faltaran á Alfonso II otras prendas, no le faltó en esta ocasion dignidad y pundonor, y antes que comprar un socorro con tan humillantes condiciones, conociendo por otra parte que desamparado de los suyos no le era posible resistir al poder del de Francia, prefirió tomar el partido de retirarse á Sicilia, despues de haber renunciado la corona en su hijo el duque de Calabria, que tomó el nombre de Fernando II.

Cuando esto acontecia, ya don Fernando de Aragon y de Castilla, que aun sin excitaciones ni remuneraciones de ningun género estaba sin duda en ánimo de no consentir que poseyera á Nápoles el francés, por lo que interesaba á la seguridad de sus Estados de Sicilia, habia apercibido las gentes de sus reinos, aparejado una armada en Alicante para enviarla á las costas sicilianas, nombrado general de ella á Galceran de Requesens, y dado el mando de las tropas de desembarco á Gonzalo Fernandez de Córdoba, conocido despues con el nombre de Gran Capitan. Para dar mas reputacion á la empresa tenia determinado que fuese con mas gente un grande de Castilla, que lo era el duque de Alba, don Fadrique de Toledo; mientras por otro lado acercaba tropas al Rosellon para obrar por aquella parte según conviniese. Pero antes de llegar á un rompimiento abierto con el francés, quiso todavía, como buen político, guardarle cierta consideracion, á cuyo efecto le envió los embajadores Juan de Albion y Antonio de Fonseca con letras de Isabel y de Fernando exhortándole á que depusiese las armas y desistiese de la empresa de Nápoles. Expusieronle los embajadores las quejas de sus reyes, la injusticia de aquella guerra, la ofensa que hacia á la silla apostólica y el escándalo que daba á la cristiandad; que si queria concertarse con el papa, ellos servirian gustosamente de medianeros; si dirigia sus armas contra los infieles, España le ayudaria en tan santa obra, pero que si insistia en la empresa de apoderarse de Nápoles, los monarcas españoles se tendrian por libres y quitos de todo compromiso y alianza con él. Despues de muchas contestaciones y debates, respondió soberbiamente que estaba ya demasiado adelante para que pudiera pensar en retroceder, y que el punto de derecho al trono de Nápoles se ventilaria despues que hubiera tomado posesion de aquel reino. Entonces Antonio de Fonseca repuso con energia y dignidad: *Pues que así lo queréis, en manos de Dios ponemos nuestra causa, y los armas lo decidirán.* Y sacando el papel que contenia el tratado original de Barcelona, le rasgó é hizo pedazos á presencia del rey y de su consejo (3).

Verdad era que el francés habia avanzado ya demasiado, tanto que habia hecho ya su entrada en la capital del orbe

bula de Alejandro VI á los reyes fueron dos partes de nueve de los frutos que se diezaban, y que en la ley recopilada se llama *dos novenos*.

Concesiones de esta especie se habian hecho ya á los reyes San Fernando, don Alfonso el Sabio, don Fernando IV el Emplazado y don Alfonso XI, pero habian sido parciales y temporales, mientras esta que se hizo á los Reyes Católicos fué general y perpetua.—Salazar de Mendoza, *Monarquía de España*, tom. I, lib. 3, c. 14.

(3) Paolo Giovio, *Hist. sui temporis*, lib. II.—Pedro Mártir, *Opus Epist.* 144.—Bernaldez, *Reyes Católicos*, c. 138.—Oviedo, *Quincuagenas*, bat. 1, quinc. 3.—Zurita, *Hist. del rey don Hernando*, lib. I, c. 43. El cronista aragonés refiere con mas extension que otro alguno todo lo que en estas negociaciones y en estas guerras hace referencia á los reyes de España; así como lo perteneciente á las relaciones, alianzas, desavenencias y tratados entre las repúblicas, príncipes y potentados de Italia con motivo de la invasion francesa lo tratan latamente Sismondi en sus *Repúblicas italianas* y Guicciardini en su *Istoria d'Italia*: lo relativo á las operaciones de los franceses se halla extensamente relacionado en las *Memorias* de Felipe de Comines.